

Zenethas

Peblo

Ya no recordaba lo que era sentir que los rayos de luz golpearan contra mi pupila. Ya no sentía dolor alrededor de mis tobillos y muñecas. Hacía mucho tiempo que deje de escuchar los gritos de agonía en los cuartos contiguos. Probablemente los demás prisioneros desistieron de soportar tanta tortura. Yo no puedo explicar cómo aun sigo vivo. Durante días, probablemente meses, aquel hermoso ángel había estado jugando con mi cuerpo y mi mente. – ¡Tu resistencia no durara por siempre! – su voz profunda aún retumba en mi cerebro. Ya he llegado al límite, ya no existe la desesperación, ya no existe el dolor, ya no existe la razón para seguir vivo y aún así tengo la sensación de que a través de mis pulmones aun circula aquel aire fétido, impidiendo que mi alma fuese libre de una vez por todas.

- ¡Estas listo, tu espíritu ha llegado hasta donde necesitaba que llegara! - La voz había regresado. Repentinamente comencé a experimentar un dolor como jamás nadie había experimentado, era como si por mis venas una oleada de fuego circulara descontroladamente y como si mi piel se derritiera hasta convertirse en una sustancia viscosa y repugnante. Quería gritar pero no podía, era como si mi alma estuviera aprisionada en un profundo vacío. Y de pronto todo fue silencio y calma.

Parpadee un par de veces y para mi sorpresa me encontré completamente libre. Frente a mí un ángel me estaba extendiendo una oz, en su otra mano sostenía las riendas de un caballo bayo. Tome el mango y acerqué el acero hasta mi rostro. Mi reflejo era completamente diferente a lo que recordaba de mi mismo, en su lugar mi cuerpo era tan solo un esqueleto putrefacto. Inmediatamente después el ángel me ofreció el caballo y monte de inmediato como poseído.

Frente a mí un portón gigantesco comenzó a abrirse lentamente y me dejó ver a tres horripilantes jinetes. El primero montaba un caballo blanco, sobre su cabeza descansaba una corona brillante y en su mano derecha sostenía un arco de guerra. El segundo montaba completamente desnudo un caballo rojo, de sus ojos salía un destello inconmensurable de ira. El tercero, bastante desaliñado en su apariencia, era el jinete de un semental negro, sostenido por su mano izquierda, una balanza se equilibraba con un ritmo constante.

No sentía que fuera yo mismo y sin embargo me sentía mejor que nunca, la sensación de perdición había sido reemplazada por una sed de muerte y destrucción. Sentía que tenía un nuevo propósito.

- ¡Están listos mis jinetes, es momento de establecer un nuevo orden al universo!

Una cúpula comenzó a abrirse en el cielo. Nuestros caballos sacaban humo negro de sus fosas nasales, síntoma de ansiedad.

- ¡Sean libres y lleven peste, guerra, hambruna y muerte a cada rincón del universo, vayan y conviértanse en héroes! - Cual relámpagos despegamos atreves de la cúpula y cabalgamos por encima de las nubes. En provocar dolor era en lo que mi mente ahora estaba concentrada.